

# Revista de Occidente



*una verdadera pesadilla*

LAS PARADOJAS DE LA UTILIDAD  
UN DEBATE SOBRE LAS HUMANIDADES

HARALD WELZER • MARTIN SEEL

EL DILEMA DE LOS BIOCOMBUSTIBLES

FRANCISCO GARCÍA OLMEDO

GUSTAVO PITTALUGA:  
CARTAS A MARÍA ZAMBRANO

PRESENTACIÓN DE ROGELIO BLANCO

ENTREVISTA CON ROGER CHARTIER

CARLOS ALFIERI

Viñeta: ENRIQUE MARTY



## Entre lo dicho y lo por decir

---

BLAS MATAMORO: *Lógica de la dispersión o de un saber melancólico*. Editorial Mirada Malva, Madrid, 2006.

---

El profesor y ensayista argentino Anderson Imbert señaló en cierta ocasión que existía una reducida, pero notoria estirpe de autores que eran críticos y poetas al mismo tiempo, una suerte de bicéfalos capaces de dominar varios campos del pensamiento y la creación y moverse por todos ellos cómodamente, con admirable destreza. Blas Matamoro (Buenos Aires, 1942) pertenece a ese noble linaje que en América dio nombres tan importantes como los de Alfonso Reyes, Jorge Luis Borges y Octavio Paz.

Columnista de la desaparecida, y ya emblemática, revista *Vuelta*, director, durante más de diez años, de *Cuadernos Hispanoamericanos*, colaborador permanente del periódico *ABC* y de numerosos medios de letras, música y artes, algunos de los títulos del autor porteño se dieron a conocer en la Argentina y otros en España, donde reside desde 1976, cuando se vio obligado a dejar su casa y su trabajo en el diario *La Opinión* y marchar hacia el exilio. De sus libros de narrativa —que por motivos de un enrarecido mercado editorial no circularon en la Península—, destacan *Hijos de ciego*, *Viaje prohibido*, *Nieblas*, *Las tres carabelas*, *Ambos mundos* y *Malos ejemplos*. Sus ensayos, en cambio, han sido más difundidos y conforman una dilatada cartera de obras memorables: *La ciudad del tango*, *Oligarquía y literatura*, *Saber y literatura*, *Por el camino de Proust*, *Genio y figura de Victoria Ocampo*, *Rubén Darío* y *Puesto fronterizo*, entre otros, son hoy de referencia obligada para especialistas y lectores.

*Lógica de la dispersión o de un saber melancólico*, su último libro publicado, da cuenta de la magnitud del trabajo que este autor viene realizando desde finales de los sesenta, de sus innumerables y variadas lecturas, de su inclinación multidisciplinaria y de su incesante reflexión sobre muy distintos temas. Por eso, se puede decir que Blas Matamoro no es sólo un estudioso de las letras, sino un hombre de letras con vocación de pensa-

dor y de filósofo que desgrana la materia de su estudio con sensibilidad literaria reflejando de un modo particular sus saberes y, lo que es más importante, su intuición del mundo.

En *Lógica de la dispersión o de un saber melancólico* realiza un exhaustivo recorrido por la historia del pensamiento apelando a la filosofía, pero también a la teoría de la ciencia, a la literatura, a la música y a las artes visuales, incluso al psicoanálisis, aunque esta vez un poco menos que en otro de sus libros, *Puesto fronterizo. Estudios sobre la novela familiar del escritor* (2003), donde pone sobre el diván al mismísimo Freud para analizar, nada menos, su relación con el padre y las mujeres. Semejante osadía sólo puede llevarse a cabo con eficacia cuando quien la comete es alguien que tiene un conocimiento profundo y diverso. Ese conocimiento que lo ha llevado ahora a revisar, con especial detenimiento, cuatro estaciones de la historia del pensamiento: el clasicismo (de Grecia hasta la baja Edad Media), el barroco, el romanticismo y la posmodernidad; revisión audaz, como todo lo que acomete Matamoro, y con una escritura diáfana y, a la vez, apasionada que hace amena la lectura. Su original óptica personal, expuesta con la pericia de un narrador, hace que sus objetos estudiados cobren mayor interés y resulten más atractivos a los ojos de cualquier lector.

Huyendo de lo fácil, y gracias al ejercicio metódico y artesanal de la escritura, el ensayista argentino encontró su propio dialecto de escritor, como se puede comprobar en las páginas de su nuevo libro. Las huellas de lecturas que dejaron en él novelistas anglosajones como Thomas Hardy, Walter Scott y Henry James —o Proust, con su poética composición sinfónica *En busca del tiempo perdido*— no aminoraron su admiración por poetas y pensadores que están en el otro polo del sistema literario y han hecho de la fragmentación y la dispersión su razón de escribir y su forma de crear otro cuerpo del saber en el extremo del canon: Paul Valéry, el Adorno de *Minima moralia* o Lichtenberg y sus aforismos. Autores más de aproximaciones que de construcciones sólidas, que persiguen, a través de la expansión del yo, un espacio utópico que les facilite en su ilusoria búsqueda encontrar señales luminosas sobre el ser, el lenguaje, el inconsciente y el universo, que son los incitadores fundamentales del saber. Ese saber definitivo que todo intelectual desea alcanzar y que, para Matamoro, es «algo que se imagina como perdido, algo que se tuvo y ya

no se tiene» y produce un efecto melancólico. En todo saber, nos indica ofreciendo pistas para entender el título de su libro, «está presente la melancolía del origen, el lugar donde se estuvo y ya no se puede volver». En verdad, nos recuerda, «allí no estuvimos nunca, el origen es mítico y, como todos los mitos, debe ser narrado». El ansia de un conocimiento absoluto y la necesidad de manifestar los hitos de su infructuosa persecución, promueven los movimientos del saber y sus visionarios registros en la historia de la humanidad.

Como Freud, Matamoro cree en el saber del arte o, de manera más completa, en lo que el arte puede llegar a revelarnos. Por eso, en esta obra conviven Sócrates, Platón, Descartes, Spinoza, Pascal, Kant, Hegel, Rousseau, Montaigne, especialmente Montaigne, a quien le dedica seis apartados, con artistas y poetas de la talla de Goya, Picasso, Goethe, Saade, Mallarmé, Valéry, Baudelaire, Proust, Madame de Staël, Wells y Borges, y donde no faltan las notas referidas a Chopin, Schubert, Schumann y Mahler, para explayarse en un asunto que lo incluye, lo define: «el hombre que se hace a sí mismo por medio de sus obras y no gracias al destino o al linaje, escribe. Se toma a sí mismo como objeto de su discurso, disperso autorretrato que cubre autobiografías, memorias, epistolarios».

Pensar, dice Matamoro refiriéndose a lo que hace Montaigne, «es caminar, ir trazando un itinerario, solitario y creador de poblaciones». Y señala otra cosa que, como al pensador francés, le ocurre seguramente también a él: sentirse «al final de una experiencia de lectura», donde todo parece haber sido dicho. Y, no obstante, es posible descubrir otro lugar para seguir pronunciándose: el entredicho, la glosa de la glosa. Hay un saber, nos refiere, un «saber de lo fragmentario y lo incierto» que nos lleva a operar con lo discontinuo, con lo disperso, lo fragmentario y lo intermitente. Por esos vericuetos se introduce para construir un sistema que le permite revisar los tiempos, pensar cada época para entender mejor la propia.

Para Matamoro, Montaigne no es un hacedor de libros, sino de ensayos, de *intentos*, como los que él realiza. Toma a Montaigne para clamar que la «escritura es el lugar intermedio entre el anárquico yo, que todo está por decir, y el código de la lengua, donde todo está ya dicho». Tremenda encrucijada del escritor, tremendo desafío. Matamoro insiste en

esto y se pregunta qué es el hombre. Y contesta, *ensaya, intenta*: «Alguien conformado por los otros y que se conforma a los otros. Alguien no conformado, informe, inconforme, producto de una trama de interferencias e intermitencias». Descartes, señala, «asocia el ser y el pensar. Existo en tanto pienso, pero nadie me asegura que subsisto cuando dejo de pensar. Mi existencia dura y desaparece sembrándome de intermitencias». Desde Platón, nos advierte en *Lógica de la dispersión*, estamos viviendo un ocaso, un tiempo de extinción: «olvido del ser, abandono de la sacralidad de lo verdadero, escisión entre ser y pensar. Nos hemos quedado con un ser que fluye, que está por ser, que nunca es».

La escritura, la lengua, los intentos, las intermitencias son asuntos substanciales de esta obra. «La música —dice Matamoro, mezclando todos sus saberes— se cierra en el momento de la cadencia, el ensayo se interrumpe», en efecto, para continuar en otro, donde, como en éste, encontramos *tientos* de respuesta a esa pregunta que atraviesa el libro: «¿dónde empieza la zona sagrada del lenguaje?»

Disfrazado de Montaigne, Matamoro se abisma en busca de lo imposible. Pero no de cualquier imposible, sino de aquello que es esencial para un escritor, ir hacia el encuentro de lo inesperado, allí donde se halla la nota reveladora, la voz desconocida que tomaremos como legítima, el fragmento de invención dichosa que nos justifique o nos salve de la zología del espíritu y nos otorgue un lugar, por mínimo que sea, en la novela de la historia.—REINA JOFFÉ.